

Ilya BERKOVICH: *Motivation in War: The Experience of Common Soldiers in Old-Regime Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, 280 pp., ISBN 978-1-107-16773-5

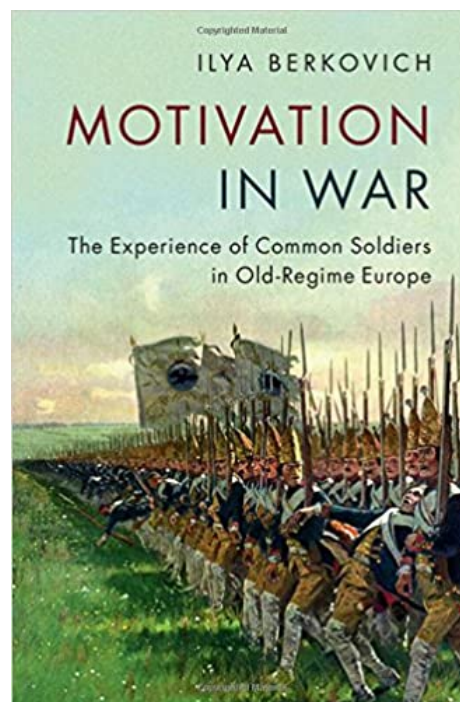
Daniel Aquillué Domínguez

**Ser soldado en el siglo XVIII: motivaciones más allá de los tópicos**

La canción *Le soldat mécontent* tiene su origen en el siglo XVIII francés, y su letra tiene múltiples referencias al pobre soldado que se despierta cada mañana al son del tambor, que recibe las órdenes confusas de los oficiales, al que le falta cerveza... o que tiene la posibilidad de disparar a sus propios oficiales en el transcurso de la batalla. Ilya Berkovich la menciona en la página 100 de esta interesantísima obra, la cual abarca una cronología que va desde la Guerra de Sucesión Española a la derrota prusiana ante Napoleón.

Nos encontramos ante un libro que se enmarca en los nuevos estudios de la guerra, pues analiza los ejércitos dieciochescos a ras de suelo. A través de seis capítulos nos introduce en las motivaciones del combatiente, las deserciones, la disciplina y desafíos, las causas del alistamiento, la cultura del honor y las lealtades horizontales del soldado común. Sus análisis, enfoques e interpretaciones permiten, además, para quien esté interesado en esta línea histórica, trazar puentes con otras épocas.

El autor insiste en demostrar cómo los soldados del siglo XVIII no fueron meros sujetos pasivos de la historia, no eran autómatas tiranizados por perversos oficiales del absolutismo. Ello no obsta para la existencia de unas severas ordenanzas militares, cuyo paradigma eran las de Federico de Prusia, pero que ni eran mucho más duras que posteriores códigos, ni eran tan inflexibles en la práctica cotidiana. Se afana en buscar qué había más allá de la coerción para que se mantuvieran aquellos ejércitos del Antiguo Régimen y no se deshicieran a la primera descarga de fusilería. Y lo encuentra, basándose en cartas y diarios de soldados de la época, fundamentalmente del Reino Unido, Francia, Austria y Prusia.



A lo largo de más de 200 páginas queda demostrado que la capacidad coercitiva y represiva de las monarquías absolutistas era limitada, también en algo tan profesionalizado, regulado y controlado como sus ejércitos. La desertión era una puerta que siempre estaba abierta para el recluta, por el simple hecho de que no había medios efectivos para evitarla. Precisamente a este punto dedica un capítulo muy rico en datos y ejemplos. Así, con Federico I de Prusia la desertión era del 3'2%, mientras que poco después, entre 1727-1740 era del 1%; en el ejército de Sajonia, entre 1764-1767, la desertión era del 4%, pero de 1782 a 1792 disminuyó al 2'5%; o en Francia, entre 1716-1749 la desertión suponía un 4'4%, pero se redujo a la mitad en las décadas siguientes. En comparación a otros periodos no fue alta, ya que por ejemplo en 1860 en los Estados Unidos se produjeron una tasa de desertiones del 14'8%.

Más allá de las cifras, lo que enriquece y humaniza esta historia son las experiencias personales que se recogen. Y de estas llama la atención, para comprender el fenómeno de la desertión, el caso del checo Franz Bersling, quien sirvió como artillero en el ejército de los Habsburgo durante 1797 hasta que desertó a Suiza, regresando a Bohemia. No obstante, por miedo a ser reconocido se acabó alistando en un regimiento suizo al servicio de España. Su barco fue capturado por la *Royal Navy*, alistándose en el Regimiento Británico de Menorca, luchando en la Campaña de Egipto contra los franceses, regresando en 1803 a Europa, alistado en la Legión Alemana del Rey, cuyo comandante le trataba mal, lo que motivó una segunda desertión. Pero en esa ocasión fue reconocido en Londres y reenganchado en los Royal Marines. Precisamente, los ejemplos particulares, contrastados con los datos de desertores capturados y castigados, vuelven a demostrar la facilidad con la que se desertaba, la incapacidad de las autoridades para evitarlo y capturar a los fugados, y la posibilidad de volver a filas con castigos leves. Tomando el caso francés, solo un 6-12% de los desertores fueron arrestados entre 1716 y 1718, de los cuales la mitad fueron ejecutados y el resto enviados a la marina, reintegrados en sus regimientos, castigados levemente o perdonados.

El otro punto que tradicionalmente se ha venido señalando para explicar el funcionamiento de estos ejércitos en batalla ha sido el temor a los oficiales, que iban tras la línea, impidiendo la retirada y llegando incluso a disparar a sus hombres. Berkovich, indica, sin embargo, que lo sucedido en la batalla de Lobositz, donde un oficial prusiano disparó a sus propios soldados en retirada, fue más una excepción que la norma. Por tanto, invita a repensar la relación entre los mandos y los soldados comunes, más allá de la disciplina marcada por la Ordenanza.

Tanto en la paz como en la guerra, los oficiales procuraban ganarse la lealtad de sus subordinados y la legitimidad del mando mediante la persuasión, la apelación al honor individual o colectivo, el ejemplo en batalla marchando delante de la línea (y no detrás) y ejerciendo la autoridad de una forma considerada justa. Porque ahí radica otra de las claves. Si para los motines de subsistencias del XVIII los marxistas britá-

nicos hablaron de una “economía moral de la multitud”, para el caso de los soldados de a pie podría aplicarse algo parecido. Articulaban demandas de forma individual y colectiva, en forma de peticiones, amenazas o incluso motines, cuyo objetivo no era el derramamiento de sangre sino presionar al mando. La tropa tenía noción de sus “derechos” y de lo que consideraba justo o injusto, incluso sobre la disciplina militar. Y ante esta situación, no pocos oficiales de campo miraban hacia otro lado cuando se cometían infracciones. Así pues, existía cierta permisividad con los bebedores, duelistas o jugadores. Uno de los casos mencionados por Berkovich es el del soldado Henly, quien perdió su dinero jugando a las cartas y vendió partes de su uniforme, sin que el oficial le castigase por ello.

Incluso cuando se llegaba al motín declarado, este no perseguía necesariamente la confrontación armada con los superiores, sino la negociación, aceptada muchas veces sin aplicar la pena de muerte que contemplaban los reglamentos. Las tropas podían amotinarse por mal equipamiento, falta de paga, ruptura de promesas o el mal comportamiento de un oficial impopular. Estos motines se podían desarrollar ordenadamente, en formación y con las banderas, como el de los franceses de 1757 en Quebec. Incluso si los amotinados eran superiores en número y armamento, como los del 60th Regiment que se hizo con artillería, su objetivo era la negociación. El autor deja claro que «La potencial confrontación era resuelta como un *win-win* para todas las partes, y después de demostrar su severidad, los oficiales también mostraban su magnanimidad» (p. 123).

Entonces, si la desertión era una opción abierta pero no era alta y la severa disciplina era más flexible de lo que pensamos, además de ser percibida como justa en muchas ocasiones, ¿qué motivaba a aquellos hombres a alistarse, servir en el ejército y resistir en la línea con hasta un 30% de bajas? Esa es la piedra angular de la obra, y donde despliega conclusiones relevantes. El empleo militar era considerado una profesión más, pero con beneficios materiales e inmateriales que no garantizaban otros trabajos. Es lo que aborda Ilya Berkovich en los capítulos 1, 4, 5 y 6.

La vida civil en el siglo XVIII no era mejor que la militar, con una justicia igual o incluso más severa, y una gran inestabilidad vital. Eso no implica que los alistamientos fueran por causa de la desesperación o el hambre. De hecho, el análisis de las formas y medios de reclutamiento demuestra una multiplicidad de factores. Particularmente curioso resulta observar los carteles que llamaban al alistamiento o lo que decían las compañías de reclutamiento: tenían un discurso que enfatizaba los aspectos gloriosos, épicos y vistosos de la vida en el ejército. Hablaban de los bonitos uniformes, pero poco del botín o la paga, como por ejemplo el cartel de reclutamiento de los Reales Coraceros franceses, que incidía en ser la única unidad con corazas en 1767, llamando a la distinción del cuerpo y su honor.

Lo material importaba, pero no exclusivamente, pues la paga común de un soldado del XVIII era equivalente a la de un jornalero, pero la diferencia sustancial radicaba en que eran pagos más o menos regulares teniendo cama, comida y ropa. El ejército ofrecía seguridad a sus miembros, con hasta médico y una pensión tras un largo servicio. A ello se sumaba la posibilidad puntual del botín. Por tanto, si a esta base material se sumaban todas las recompensas e incentivos inmateriales, el alistamiento era visto como una forma de prosperar, no solo económicamente sino también a nivel social, generando una serie de valores e identidad concreta social, militar y masculina. Esta sociabilidad dentro de los regimientos era el motor que hacía funcionar a los ejércitos, elevaba de estatus a los hombres por encima de los civiles, los hacía acometer actos de heroísmo (o temerarios) en competición con otros, y mantenía solidaridades horizontales entre soldados y la legitimidad de los oficiales.

Esto supuso una exitosa socialización en el ejército, una cultura del honor y una identidad corporativa. Las fuentes manejadas por Berkovich revelan también lealtad dinástica, y en las guerras revolucionarias ideología y sentimientos nacionales. Cuando escribían, los soldados casi siempre utilizaban el término “valiente” para referirse a sí mismos, independientemente del contexto. Ser soldado al servicio de la monarquía de turno daba un estatus social, una relación contractual de lealtad dinástica, un contacto directo con aristócratas que ocupaban los mandos superiores, la adopción de unos valores como el honor y, especialmente, un *sprit de corps*. Esta es otra de las claves que presenta Berkovich: el honor y la lealtad como sostén de los ejércitos y de la línea de batalla. Ambos valores articulaban y permeaban a los soldados comunes, y se retroalimentaban dentro de regimientos y compañías. Un honor y lealtad horizontal y corporativo entre camaradas que convivían y luchaban juntos. A todo ello se sumaba, en la misma batalla, la necesidad de conservar la vida, un obvio incentivo para combatir y sobrevivir. No en vano, Matthew Bishop, quien sobrevivió al baño de sangre de Malplaquet en 1709, dice que combatió por honor y supervivencia. Los soldados reconocían el ejemplo personal de los oficiales, por lo que revestía de importancia que los comandantes cabalgasen entre las líneas durante el combate animando, como hizo personalmente el Príncipe Eugenio en la batalla de Malplaquet. En resumen, existían dos factores para la motivación al combate: un largo proceso de preparación y entrenamiento, previas experiencias y actitudes (inherentes o ganadas) y, por otro lado, las circunstancias del propio momento del combate, individuales y colectivas.

En conclusión, estamos ante una obra excelente que deja la puerta abierta a muchas otras investigaciones y canales de comunicación para la nueva historia militar, sobre el siglo XVIII y el diálogo con otros periodos. Muchas de las cuestiones que señala pueden observarse en ejércitos decimonónicos, a pesar de los cambios en su conformación y la explosión de los nacionalismos, fenómenos revolucionarios y contrarrevolucionarios. Por último, para los amantes del XVIII y su visión cinematográfica,

este libro actúa como caja de resonancia, pues es casi irremediable no relacionarlo con *Barry Lyndon* y sus andanzas militares entre Gran Bretaña, Prusia y Francia, *El último mohicano* y el desprecio de los militares por los civiles militarizados, o el protagonista de *Fanfan la Tulipe*, que acaba alistado en el ejército de Luis XV huyendo de un matrimonio.